

85 PALABRAS

Jesús Marchamalo García

Periodista, escritor y profesor de la Universidad
Complutense de Madrid

El redactor jefe se mostró tajante respecto a la extensión: los artículos no podían superar bajo ningún concepto las 85 palabras. En principio le pareció injusto que todas las palabras contaran igual, lo mismo un pronombre que un adjetivo, cosas que, evidentemente, no tienen ni comparación, o las conjunciones copulativas, por ejemplo, que no debería prácticamente ni contar. Tampoco tenía sentido meter en el mismo saco los monosílabos —sí, no, de, con— y las palabras largas que ocupan, es evidente, mucho más sitio: geoes-tratégico, o esternocleidomastoideo. Aunque, sinceramente, ustedes me contarán qué se puede escribir sobre eso.

De todos modos tampoco tenía muy claro lo que podían dar de sí 85 palabras. Así que cuando llegó a casa empezó a buscar cosas que le permitieran contarlas. Comprobó en los periódicos atrasados que un titular medio ronda la decena de palabras, muchas de las cuales se repiten día tras día: gobierno, denuncia, empresa, dimisión, pacto y «barones». Una invitación de boda le permitió contar 23 palabras —hijos, casarse y abril, entre otras— y el prospecto de la medicina que su médico acababa de recetarle, 73. Algunas tan llamativas como psicofísico, lactosa o intolerancia.

Contar palabras, ahorrarlas, acopiarlas, se convirtió para él en una obsesión. Intentaba, por todos los medios, reducir el mundo, su ciudad, la vida misma a esas 85 palabras que le imponía el hueco de su columna. Así, consiguió que le sirvieran el desayuno con sólo dos palabras: «café y cruasán», e incluso algunos días conseguía ahorrarse una palabra prescindiendo de la bollería.

Su cicatería con las palabras le llevó a convertirse en un tipo hosco y maleducado, y en las tiendas del barrio, en el portal de su casa, en la farmacia comenzaron a mirarle con recelo. Es cierto que no respondía a los saludos —tres palabras—, nunca pedía las cosas por favor —dos palabras—, ni daba las gracias —una palabra—. Se dio cuenta de que la cortesía constituía

una gastina de expresiones superfluas que, en ningún caso, podía permitirse. La cortesía y las conversaciones intrascendentes: ¿cómo está usted?, ¿qué tal su marido?, ¡qué calor hace! Si había 85 palabras había que ser, desde luego, selectivo. No mucho tiempo después consiguió que prácticamente nadie hablara con él. Lo cual le permitió ahorrar un número impensable de palabras. Había días que conseguía no pronunciar ninguna, se entendía con gestos, o señalando con el dedo las cosas que quería. Por la noche, eso sí, se miraba en casa en el espejo y movía los labios, en silencio. Decía para sus adentros «Buenos días», y «Gracias, muy amable», y «Hasta otro día, señora». Decía, sin pronunciarlas, «Por favor, póngame dos tomates» o «Parece que va a llover». Decía «te quiero» y «alcachofa», «picaporte» y «mar». Y sentía nostalgia de ese tiempo en que había palabras para todos.

Y un día, su redactor jefe, conocedor de cuanto le ocurría, se apiadó de él. Le llamó a su despacho y pasándole el brazo por encima del hombro le dijo que sus problemas habían terminado. Que a partir de la semana siguiente sus artículos podían tener 90 palabras.

(Por el presente artículo Jesús Marchamalo recibió en 1999 el IV PREMIO NACIONAL DE PERIODISMO MIGUEL DELIBES, otorgado por la Asociación de la Prensa de Valladolid).